

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo, Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela G. (Secretario).
Eduardo Barrios, Representante General en Santiago

Editor y Agente General: CARLOS JORGE NASCIMENTO

AÑO III

ABRIL 30 DE 1926

NÚM. 2

Germán Luco

Tres hombres tristes

TRES hombres tristes han aparecido en el cono verduzco, que esparce sobre mi mesa esta amable pantalla en que se van enfocando los acontecimientos trascendentales o pueriles en fidelísima historia retrospectiva.

Una misma mano los cogió en sus destinos adversos y muy idénticos, para depositarlos en comunidad sobre mi mesa de recuerdos.

Sus mismas caras, sus incognoscibles anhelos, sus pasiones ambulatorias, sus obras fragmentarias y sin ilación, todos ellos tres, indisciplinados y dolientes ante la evidencia materialista del siglo, han venido a golpear en la recóndita sentimentalidad que guardamos para los que se han ausentado de esta mecánica torpe de la vida humana.

En un lapso desigual, pero en el límite de poco más de seis años, los tres hombres tristes, que perfilaré someramente, desaparecieron en busca de aquella Arcadia de paisajes hela-

dos y pacíficos, donde concluye el medro, y el extatismo devuelve a las fisonomías la igual caracterización que merecen los que han sed de belleza.

Tres hombres tristes, sin importancia para las alternativas del progreso y del dinamismo industrial, tornaron a ese sueño perdurable, que proclamase Nervo como la verdadera libertad.

La vida fué para ellos un camino sin derroteros estudiados, y en la propia desorientación encontraron pequeños campos espigables, esperanzas abiertas al caos, vagos sueños que se hicieron inasibles, a medida que los horizontes avanzaban en la impiedad de las perspectivas.

Así fueron agobiándose el espíritu de formas espectrales, hasta que un día, venturoso para ellos, el espejismo terminó faz a la misma tierra, por donde apenas rueda un rumor leve de recuerdos, que hoy han llegado a verificarse en el cono verduzco de esta lámpara vigilante.

Juan Manuel, Martín y Federico...

* * *

El primer hombre triste era Juan Manuel. Murió entre los 38 y 40 años. Tuberculoso. Poeta, comediógrafo, revistero, cuentista criollo,

Había heredado de Pezoa Véliz su amor entrañable al pueblo, a la par que una nostalgia abrumadora, indescifrable para los que no podían adueñarse del sentimiento íntimo del escritor paradójicamente dicharachero y profundamente doloroso.

Había nacido para triunfar: tenía musculatura ideológica, grandes facultades especulativas, simpatía espontánea, facilidad, livianura, agilidad mental en suma, y como complemento era atlético físicamente, garrido, entero, de estatura corpulenta, y en sus mocedades de Limache y Valparaíso, sus manos habían dejado huellas de boxeador.

El mismo, cuando ya era un andrajo físico, y la tuberculosis le daba perfiles traslúcidos, solía recordar sus glorias deporti-

vas, extrayendo costosamente de sus flaquezas pretéritas una fuerza imaginaria e ilusionada.

Cuántas veces no describió Juan Manuel, con gestos elocuentes, las escenas temerarias de Usebio Olmos, estrujando los puños y contrayendo los nervios para dar caracteres de realidad a la charla.

En este tiempo de Usebio Olmos, reside el mayor contingente que acercó a nuestros valores literarios, porque contribuyó con él al enriquecimiento del folklore nacional, pues cabe advertir que todos los giros, las voces, los dichos, las sentencias, las moralejas, los ensambles de palabras y las creaciones de vocablos fueron de su exclusiva y privilegiada originalidad.

Se ha ponderado en términos ingenuos el valor de la espiritualidad criolla, cuando si analizamos con discreción la mayoría de los destellos imaginativos o de fraseología picaresca, ellos se deben a la obra de algunos escasos escritores, entre los cuales debe figurar Juan Manuel, como el más fecundo en giros y novedades verbales.

Su obra tiene, pues, un sentido típico bien apreciable, ya que Usebio Olmos contribuyó a formar una dialéctica sabrosa, metafórica y que puede ser considerada como la lengua más avenible con el carácter socarrón, pendenciero y emotivo del roto.

Si López Silva, el sainetero español, formó un lenguaje «chulo», Juan Manuel hizo lo propio en nuestro ambiente.

Yo creo que Juan Manuel quería más que ninguna esta parte de su literatura, porque para ella tenía patente de exclusividad, aunque sería injusto desconocer los otros méritos que nacen de su obra escénica.

La Silla Vacía, que, con *Nuestras Víctimas*, de Víctor Domingo Silva, fué el primer paso teatral serio de nuestra literatura escénica, merece un recuerdo preferente, ya que ella influyó decisivamente en la vida del escritor, como él mismo lo repelía en sus momentos de hondo escepticismo.

Contaba Juan Manuel, y cronistas de la época lo repitieron en esos días, que en los mismos momentos en que *La Silla*

Vacía era ovacionada en el Teatro Victoria de Valparaíso, durante su estreno, se moría la compañera del autor.

Y así, con ese dolor anillado a su corazón, apareció en el palco escénico a inclinarse ante las ovaciones de la multitud...

En aquella oportunidad, Juan Manuel, llorando frente a la algarabía del público, agradeció los aplausos y se excusó por que: «Acaban de comunicarme que se ha muerto mi mujer...»

Y el público seguía aplaudiendo....

Este primer triunfo, este único triunfo, esta lisonja calurosa y cordial, colocado paralelamente con la muerte de su mujer, rompió en Juan Manuel su carácter, aniquiló su voluntad y con los ojos perplejos ante la desgracia, no supo si sonreír para su triunfo literario o desesperarse por la pérdida irreparable de todo su cariño.

Cayó en el aluvión del desconcierto y de la locura sentimental.

Entonces empezó a formarse el Juan Manuel que nosotros conocimos.

Sus arrogancias, su lozanía atlética, su carcajada optimista, se fueron opacando en un gris despiadado, se fueron esfumando, como si el mercurio del cristal, totalmente descascarado, no retuviera ya la vida refleja.

Fué solamente una individualidad transparente, una fisonomía vidriada, sin disimulos, tal cual una redoma de pececillos diminutos que no pueden disfrazar sus vidas a la curiosidad malsana.

Quería aparecer investido con toda la pluralidad de sus sentimientos, pero unos temores pueriles, un miedo insofrenable, un pavor de hombre perdido, de hombre ciego, le arrastraban hacia esa total desesperanza en que los aludes de arena imperceptible van filtrándose a los abismos.

Después de haber dirigido la revista *Sucesos*, en sus días postreros ocupó un rincón de colaborador, cocinando el lleno, las actualidades y toda la menudencia del bocado semanal.

De sus versos yo no hablaré.

Para mí tienen valor incalculable su teatro y sus crónicas picarescas del Usebio Olmos. En estos dos géneros se perpetúa la memoria del atleta, que fué a morir tuberculoso en el valle del último refugio de San José del Maipo.

La última vez que apareció por la redacción de *Sucesos*, su físico se había derrumbado entre los pliegues de un sobretodo ancho, enorme, desproporcionado, una de aquellas prendas que parecen un dominó cómplice de carnales y funambulerías.

Ceroso, con reflejos azulencos, dificultosa la respiración, húmedas las manos y afiladas por la nobleza prematura de la muerte, los ojos afebrados, centelleantes en las cuencas muy violetas, lo vimos sentarse en su misma mesilla colmada de cuartillas, y encender la charla de su optimismo, proclamando su mejoría, su esperanza de reconstituirse.

La eterna fantasía saludable de los tuberculosos...

Pero aquellos buenos deseos se le quebraban en el pecho y esa tos seca, lenta, de eco profundo, le detenía sus anhelos.

Juan Manuel se iba irremediablemente...

Como nunca tomó en serio ninguna clase de disciplinas, este régimen impuesto por los médicos le mortificaba, y así era como despreciaba el sistema para seguir en sus impenitencias de no-cherniego, siempre encendido el trigo regular cabeceado y colmada la copa de mosto tinto.

El mismo solía burlarse de estas meticulosidades médicas, y como para consumir su sátira, refería las innumerables incidencias de su vida bohemia, despreocupada y tirada al azar como un jirón insignificante.

Siempre refería la escena ocurrida una madrugada, cuando de regreso de un matrimonio en el Cerro Mariposa, Juan Manuel, capitaneando un grupo de bohemios piratas, dió en la ocurrencia de robarse un gallo que empezaba a sustanciar un caldo en el Mercado... El dicho gallo fué llevado en procesión por las calles que despertaban al movimiento, y cuando discurrió el primer tranvía porteño y ante los ojos atónitos de los comerciantes, industriales y obreros madrugadores, Juan Manuel sentó en sitio de preferencia al gallo y después de colocarle el

boleto del pasaje en el pico, se dedicó a conversar con él en voz alta.

Juan Manuel refería aquella aventura trasnochada con detalles divertidísimos, finando por cierto el cuento en la comisaría, donde el gallo fué recuperado por una poblada reclamante, que se había quedado con la cazuela a medio sustanciar... La clientela acusaba a Juan Manuel de estafa y los dueños de robo...

No hay que insistir en que esa misma semana, Usebio Olmos en persona, después de asistir a un matrimonio en el Cerro Mariposa, se robaba un gallo del fondo de una cazuela... con la firma de Juan del Campo.

Así había sido la vida de este bohemio impenitente, empeñado en destruirse, con la obcecada idea de aniquilarse, como si la lozanía y el vigor muscular le pesaran sobre el espíritu, estigmatizándole.

El futuro no existía para este vividor fatalizado, y las probabilidades del medro que le correspondía en la farándula eran una estupidez... Le bastaban el cigarrillo compañero, aquel mata-mosquitos cabeceado, y el mosto tinto... Lo demás, eran detalles, accidentes, puerilidades de burgueses vulgares. Y hablar, muy quedamente, de su pena, de aquella tristeza de la «muerta», con la devoción reiterada cada amanecer, como si formara en él una fuerza motriz arraigada, profunda, imperecedera.

Un día, en la sala de Coke, de Chao y de Wiedner, en el edificio de *Sucesos*, de la Galería Alessandri, se preparó a Juan Manuel una capilla mortuoria. Todos nos acercamos al cristal del ataúd y le vimos consumado y con el mismo maquillaje ceroso de sus últimos momentos.

Un hijo del pueblo llegó a depositar una corona de flores de papel, atada con una cinta morada, en que se leía una frase en purpurina: «Usebio Olmos a Juan del Campo»...

La ternura anónima del hampa llegaba hasta el túmulo a dejar un pedazo de esa emoción sencilla.

En el Cementerio se pronunciaron algunos discursos incendiarios, rebeldes, en que se fulminaba a las empresas explotadoras...

El nicho que le adquirió *Sucesos* quedaba en el último piso de la muralla, así es que para depositar a Juan Manuel hubo necesidad de una cabria, caballetes, roldanas, cables y una serie de trabajos que hacían crujir lastimeramente el ataúd...

Como un detalle significativo y singular, anotamos que cuando el ataúd penetró en el nicho, se precipitaron hacia afuera centenares de abejas, rumorosas e indignadas por la invasión.

El nicho de Juan Manuel contenía en su hueco, alto y abierto a la brisa campestre, un panal.

Este primer hombre triste, trashumante, gitano, hombre de miga de pan por lo bueno y lo manso, bohemio, ingenioso, leal y mordido por una fatalidad punzadora, tal vez encontró en su último refugio, un poco de esa miel rubia que codició en su paso temeroso, desconcertado y doliente...

Y desde que lo tapiaron, allá en el hueco robado a las nobles abejitas necrófilas, la vida lo olvidó hasta este día, en que yo lo encuentro bajo mi foco receptor.

* * *

El segundo hombre triste era Martín... Murió de bronconeumonía, después de haber escrito el cuento «Los arribistas», otras prosas y haber sido un bohemio severo, circunspecto y que tampoco cuajó nunca en las mentadas disciplinas del siglo.

Parecía un discípulo arbitrario del Mahâtmâ Gandhi, que hubiera encuadrado su idiosincracia en aquellas cláusulas santonas: «La condición indispensable del ser... La vida sale de la muerte. Para que el trigo brote es preciso que la semilla muera. Jamás nada se ha elevado sin pasar por el sufrimiento... Nadie puede escaparle... El progreso no consiste sino en purificar el sufrimiento, evitando el hacer sufrir... Mientras más puro es el sufrimiento (personal), más grande es el progreso... No violencia y sufrimiento consciente.»

Su obra está despergeñada por las revistas y los diarios y nadie ha compilado esa prosa, que bien pudiera constituir un volumen de valores apreciables, pero se murió sin dejar des-

endencia afectiva o simplemente interesada en honrar el nombre que se tragará el tiempo.

Acaso sea una suerte, cuando se ha formalizado totalmente el escepticismo, esta de pasar a la posteridad con patente generalizada de cadáver, de simple y municipal cadáver, sin las coronas fúnebres que tienden el elogio póstumo y que la mayoría de las veces son falsas, de falsedad irritante.

Y Martín no pretendió, al menos cuando nosotros le conocimos, sino formalizarse como un cadáver o una persona que iba viviendo artificialmente, con un desprecio muy suyo por todo aquello que le rodeaba.

Una tarde que conversábamos en la Biblioteca Nacional, en la acogedora oficina de Miguel Luis Rocuant y Mariano Latorre, Martín me dijo, llamándome aparte «—Oye, vámonos de aquí, mira que está llegando mucha gente y a mí me presentan como un ejemplar zoológico...»

El sol le desentonaba y cuando las diligencias revisteriles de su último tiempo le hacían madrugar a las 3 de la tarde (!), se angustiaba en forma extraña, situándose en algún rincón de Zig-Zag, para escuchar con desgano las preguntas que le hacían por su intempestiva aparición en Santiago.

Bastaron dos o tres prosas finas y bien observadas para definirlo en el cenáculo metropolitano, así es que no necesitaba presentaciones, después de una ausencia de más de cinco años en un pueblito del sur.

Recuerdo que el espíritu cultísimo de Víctor Silva Yoacham (Hipólito Tartarín) lo acogió entusiastamente, cuando fuimos juntos a llevarle un cuento de Martín para *Pacífico Magazine*... Víctor, ocupado en una Oficina Fiscal situada en una callejuela romántica a los pies del Santa Lucía, hasta se permitió el lujo dispendioso de extenderle un vale anticipado por su trabajo.

—Le estoy tan agradecido, me dijo Martín, que no voy a cometer la simpleza de reconocerle su talento, porque sería una ofensa, ya que el me ha comprendido tan bien sin leerme... Por-

que eso de mi nombre, de mi fama por mis cosas de *Pluma y Lápiz*, son puras pamplinas...

Martín tenía un desprecio profundo, una aversión irreconciliable con el movimiento diurno y por razones del desorden en que vivía, los nervios se le estrangulaban frente al convoy dinámico de la ciudad.

Doblando cuidadosamente el vale que le diera Víctor Silva Yoacham, nos fuimos por aquella acera húmeda de la calle del Cerro, huyendo del bullicio...

—Yo tengo la evidencia de que sería un enorme trabajador, si tuviera comodidades y cognac... Frente a una estufa, enfundado en una manta escocesa y con el alma alegre después de una buena digestión, yo sería capaz de escribir como un Dios... Pero así... Psh! No vale la pena... ¿No te parece que es absurdo esto de ganarse unas migajas con el sufrimiento de poner un nombre a la subasta de la opinión, cuando a uno lo colizan miserablemente?

Martín era de estatura mediana, coloradote, tranquilo y reposado. Parco para hablar, escuchaba atentamente y se sonreía con muequitas disparejas.

De estos tres hombres tristes, Martín era el que tenía más médula de escritor, aunque su cultura fuera incipiente y jamás renovada. En la despreocupación de las cosas, que era en Martín una enfermedad crónica, no podía vincularse al estudio, que exige atenciones delicadas, tiempo y voluntad, sobre todo voluntad, que él no conoció ni de oídas...

Sin embargo, de la poca prosa que ha quedado de Martín dispersa por las revistas *Pluma y Lápiz*, *Zig-Zag*, *Pacífico Magazine* y otras que nacieron para morir irremediabilmente por las exigencias editoras, se adivina un afán próspero de pulirse, de asimilarse a un estilo personal, jugando en esta forma un anhelo evidente de ir superándose.

Por esta cualidad merece recordársele como a uno de aquellos escritores honrados, que saben pesar la responsabilidad y disponer sus frutos en lineamientos y valores que puedan sorprender al lector.

Cuando regresó Martín a Santiago, después de una proscripción voluntaria de poco más de cinco años, venía angustiado por una derrota sentimental, que era la resultante lógica de su derrota económica.

En los buenos tiempos de sus triunfos, Martín había exclamado, con una ansiedad burguesa y digna de anotarse para formar este esqueleto efímero de su psicología:

—Frente a esta estufa abundante, resguardado de los vientos por estos muros patriarcales, me hace temblar la idea de toda la humanidad muriéndose de frío...

Esta frase, acusadora de la enorme disconformidad con su suerte precaria, la dijo Martín en la casa del poeta Vicente Huidobro, donde todas las noches nos reuníamos fraternalmente, poetas, caricaturistas, cómicos.

Vicente, que tiene el alma antigua, alizó el fuego de su estufa y sirvió a Martín una porción de cognac, comprendiendo la intención de aquella frase, que resumía todas sus andanzas desesperanzadas.

No era un charlador, ni tenía viveza para picar en la sátira o en la murmuración, por ese temor que tienen los hombres tristes de romper la armonía de sus palabras con la actualidad de sus desgracias.

Fumaba su trigo regular con deleites pecaminosos y se dejaba estar, muriéndose para el comentario, frente a la estufa del amigo Vicente, frente a un saltimbanqui de cantina o en los bancos de la Alameda, cerca del Hotel de las Estrellas, donde los bohemios llegaban muy tarde a buscar la ración de pernil y el sorbo clandestino de vino áspero de campeche legítimo.

Mariano Latorre, que lo quería como a un hermano desgraciado, solía acogerlo, protegerlo y animarlo, pero Martín ya no tenía remedio y buscaba en las contingencias noctámbulas un poco de olvido para ese fardo que iba arrastrando sobre los hombros.

Fray Apenta, el crítico agudo, bajo cuya cáscara amarga hay un corazón puro, lo acompañaba algunas veces y platicaban de esa vida abstrusa...

Nada... Nada... Todos los remedios eran imposibles... Volaban las anécdotas de su pasado, como para probar su presencia corpórea...

Una vez...

En los buenos tiempos, Martín fué solicitado del Ateneo para leer un cuento.

Llegó el día. Se encontró en la calle Ahumada con Federico y le manifestó sus temores de debutante, su nerviosidad de enfrentarse con el público. Federico, conciliador, le recomendó el whisky, y ambos entraron al «8 de Septiembre» a tomar sus dosis de «agua rebajada», según llamaba el maestro Nercaseau y Morán al mala-gusano escocés... Martín, entre sorbo y confianza, leyó su cuento, y cerca de las 7 de la tarde se encaminaron hacia la Universidad, valiente y decidido el autor y displicente el consejero... Cuando abrieron la cortinilla de felpa, el presidente decía casualmente: «El señor Martín Escobar va a leer un cuento...» Aplausos, palmaditas enguantadas, murmullos, tosidos, y Martín subió al «púlpito de las consagraciones» enrojecido y muy lamido de gato el pelo negro. Pero... las palabras se le ahogaban y los caracteres de los papelitos originales danzaban en una confusión horrible, así es que ese cuento empezó a leerse en voz baja, con silencios repentinos, deletreos ininteligibles, tanteos y sin que nadie pudiera tomarle la ilación. Hubo protestas, y algún estudiante exclamó indignado: «Más fuerte... que no se oye... Que lea más fuerte»... Martín se consternó, miró a la sala con aire triste y colérico a la vez, para luego decir: «Yo no sé leer de otra manera...»

Y dobló los originales y salió muy derecho de la Universidad...

Y desde entonces nadie lo volvió a ver por la ciudad... Martín había desaparecido como humo...

Luego se supo que el escritor se había radicado en un pueblucho del sur, desempeñándose en las labores insignificantes de un empleo ferroviario...

Hundido en esa aldea, sin alientos, sin estímulo, Martín empezó a suicidarse por abulia y pereza, participando de la ani-

malidad plebeya de las personas que lo rodeaban y que eran su grupo amistoso.

—En tanto tiempo, me dijo, yo podría haber construido una obra formal, pero la grosería del ambiente y los menesteres aplastantes de mi empleo, que cortaron hasta los muñones de las alas... me tiraron de espalda.

Y así llegó a Santiago, husmeando por las redacciones de los diarios y revistas, con el propósito débil de enmendarse, de reconstruirse... como todos.

La Nación le dió un sitio en la crónica, para ocuparse de escarmenar notículas de los Ministerios o de la Municipalidad... Martín solía afeitarse diariamente y hasta sonreirse complacido por su oficio de periodista... pero cuando llegaba la noche y los grupos bulliciosos llegaban a comer a la «Piojera», Martín se hacía más silencioso, para que nadie fuera a llamarle la atención hacia el cumplimiento de sus obligaciones...

—Martín, ándate...

—Este último cigarrito... ya me voy!

Pero Martín se clavaba en la silla de la «Piojera», y ni los ruegos, ni los consejos, ni nada, valían para él como participar mudamente, en esas reuniones, de los cuales confertulios, muchos han muerto, otros se han fosilizado y los más se han recuperado al trabajo y a la hostigosa disciplina burocrática.

Y ese invierno cruelísimo terminó con Martín, con el segundo hombre triste, que pudo dejar una obra y no quiso, que pudo trabajar y no pudo, porque la fatalidad, el escepticismo le roían muy adentro.

Y nadie más se ha vuelto a acordar de este segundo hombre triste, porque él se empecinó en sus últimos años en convertirse en un cadáver ambulatorio, que iba fumando su cigarrillo, perdido y abrumado de quién sabe qué recuerdos amargos, plácidos o desigualmente indiferentes...

* * *

Y el tercer hombre triste, que acaba de cerrar los párpados

para la grosería filibustera del siglo, era Federico; el último romántico de nuestra literatura, que también ha evolucionado hacia caminos de practicabilidad y de mayor rendimiento económico, como son todas sus actividades similares, ya sean consumadas en la diplomacia o en las secretarías burocráticas.

Federico era un ausente cordial, extraviado de los límites disciplinantes, extrañado de toda frontera de lucro, como que jamás pudo avenirse con la resonancia y el estrépito de estas horas fatalmente propicias al guarismo y al control...

Mucho mayor de edad que Juan Manuel y Martín, su mocedad se perdía en tiempos que le habían sido halagüeños, tanto así que a los 21 años apenas, ya paseaba en Londres un cargo oficial en nuestra Legación.

Federico recordaba su vida en Londres con detalles vagos, como si el sueño brumoso del Támesis no despertara la apatía de su alma de misántropo, irreconciliable.

Hablaba de una mujer de ojos azules y del te negro...

Recuerdos aislados, truncos, que Federico repetía como si tuviera la obligación de trasladarse a Europa para justificar sus desalientos.

Su obra literaria data desde aquella época, y no por haber contado con mayor espacio de tiempo para escribir, su obra es más amplia o menos fragmentaria que la de los dos hombres tristes, que le anteceden en este desbarajuste de recuerdos.

Después de haber figurado con brillo en el hogar fundado por Cabrera Guerra, su obra se dispersa por las revistas, y la sociedad de los X, compila el libro *Días de Campo*, que asegura con el pequeño texto, la formalización de una personalidad elogiada unánimemente por la crítica del país y extranjera.

Caras y Caretas y *Plus Ultra* de Buenos Aires reproducen también los trabajos del escritor, pero gracias a la diligencia y al cariño del corresponsal en Chile, don Alfredo Sánchez, quien copia a máquina y envía a la Argentina la prosa del indisciplinado aulor.

Se le conoce y se le aprecia en la América y sirve para su enaltecimiento la simpatía cálida que despierta en los cenáculos

este hombre arbitrario, risueño y apesadumbrado. Su obra menuda, sentimental y que tiene hondas semejanzas con el propio autor de maneras suaves, es la información filosófica de un abúlico, sin violencias, pero que jamás puede estimar trascendentes los aspectos que se suceden inevitablemente en los hombres que figuran en su obra literaria.

Pero la abulia rotunda y el ausentismo de todo gesto perentorio, no le dan tampoco aspectos de amargura o desinterés total por las cosas y los hechos. Pasa por sobre todas las circunstancias con livianura y sin desagrado.

Federico mantiene su línea circunspecta, caballeresca y jamás se le ve infligir un juicio precipitado ni acometer contra la obra ajena.

Esta modalidad era en él tan fuerte y arraigada, como que siempre se distinguió por su espíritu cordial, por su comprensión abierta y diáfana y el infinito perdón que dispensaba para todo lo extraño, como precediendo el gesto de mutua conciliación o de trueque.

Abandonó sistemáticamente todo lo que pudo redundarle en beneficios o crearle intereses, popularizando a este efecto una frase muy suya, que repelía cotidianamente, para convencer de su fortaleza de trabajo:

—Mañana empiezo a ejercer mi profesión de abogado...

Era una promesa simpática, que jamás cumplió, pero que repelía incansablemente.

Nocherniego, ambulatorio de redacciones y tertulias literarias, la fortaleza física, que parecía haber heredado de los troncos rurales de su patriciado, no pudo quebrantarse durante muchos lustros, hasta que en el último tiempo, cansado el corazón de tanta anormalidad y tal vez de tanto sufrir silenciosamente, se le ahogó en el pecho robusto, ancho y todavía acorazado para las bronquitis y los vientos lechosos del amanecer.

Muchos años, todos los que fueron corifeos balbucientes de esta generación y figuras de la pasada, lo vieron aparecer como una sombra espectral para quien hubiera obrado Josué un nuevo milagro.

Ni envejecía ni podía llamársele joven. Se había detenido, y aunque el cabello se le mineralizaba, su arrogancia no decaía un palmo.

Estaba en sus cabales, con idénticos entusiasmos literarios y con innumerables proyectos, ilusionado con su novela «La Palanca» que estaba reescribiendo, una mancha de color que había terminado aquella misma tarde, su cuento «grande», «Los Bandidos», y todas esas vehemencias disparejas y calurosas, de que Daniel de la Vega hizo justa rememoración en un artículo de elogio, escrito a raíz de la muerte de Federico.

Nosotros mismos repetimos en un artículo de revista: «Nunca limitó su raciocinio al mal que se iba organizando pacientemente, y por sobre el destrozo de todas sus probabilidades económicas, puso el vuelo de su quimera, de su ilusión irreductible, animada por un deseo de no molestar a nadie, de no insinuarse siquiera y entrar a todas partes como un sonámbulo de preceptivas ausentes.

«La muchachada intelectual, los estudiantes, todos los poetas que se iniciaban, buscaban en Federico al patriarca de las simples emociones, adivinando en su tutela suave el calor de estímulo que precisaban para lanzarse a la lucha.

«Pintores, comprensivos, diletantis, parvenus intelectuales, músicos y hasta horizontales abruptas, rodearon al buen Federico, quien no podía menos de regocijarse de esta popularidad, porque tenía en la médula una enorme aversión hacia los felices, hacia los dorados de la fatuidad y el oropel advenedizo.

«Su figura ha desaparecido ciertamente, como se puede borrar el esquema de cualquier amigo o de una mujer, pero al considerarlo inmobilizado para siempre, helado en la caja postera y quietas sus pupilas bondadosas, el nombre que supo establecer Federico en nuestra precaria vida intelectual, perdurará firme e insospechable ante las contingencias futuras».

Y terminábamos diciendo con fervor del tercer hombre triste desaparecido «que, aunque nada hubiera dejado, ni una letra, ni un párrafo, siempre se le recordaría por la enorme lección de pureza, que como una concreción de caballerosidad, animó

a este sexagenario niño, que sacudió toda la malicia, para entregarse como un fresco manantial de optimismo».

Como una anécdota final del escritor, mencionaremos una muy singular, que le aconteció con nosotros mismos y que le pinta de cuerpo entero.

En cierta ocasión, Federico había desaparecido de los cenáculos, de las redacciones, llegando a murmurarse que se encontraba moribundo en una casa lejana y olvidada.

Aquella misma tarde, fuí con Tomás Gatica Martínez y después de múltiples y curiosas averiguaciones, dimos con el sitio donde se hospedaba Federico.

Penetramos al interior de la modesta casa, con esos presentimientos naturales, de ir a enfrentarnos a un moribundo o poco menos, pero cuál no sería nuestra sorpresa, cuando divisamos a Federico muy arrebujaado entre una manta de vicuña, leyendo a Lunatcharsky y fumando su cigarrillo trigo.

Le manifestamos sin preámbulos nuestro temor....

Federico se enderezó en la cama y después de mirarnos largamente, «fría y arteramente como decía él», sonrió por entre las guías blanquecinas del mostacho y nos dijo:

—Uhm! Uds., no me conocen bien... Yo tengo sangre de Munizagas por mi madre, y esos no se mueren a dos tirones... con que si un resfriado más o menos me va a liquidar a mí...!

En realidad, la contextura de Federico era recia, formidable, y sólo esos 60 años tristes y trashumantes, que se le fueron juntando entre pecho y espalda, pudieron agobiarlo y derrotarlo.

Pero siempre tuvo una última esperanza y en los días de Enero último, lo encontramos en la redacción de «La Nación» de Santiago, exclamando desde el fondo de un sillón cómodo y blando:

—La vida ha cambiado y debo pensar seriamente en mi futuro... En estos días empezaré a ejercer mi profesión de abogado...

* * *

Juan Manuel Rodríguez, Martín Escobar y Federico Gana.

eran tres hombres tristes y desorbitados por el maleficio de un sentimentalismo muy hondo. Un deseo de divulgar su idiosincrasia y reparar el olvido de los dos primeros, me ha dado el tema de estas líneas, que pueden considerarse como una pequeña y sucinta anécdota de quienes volvieron los ojos a la tierra, sin haber siquiera paladeado el calor de un triunfo, que bien se hubieran merecido por la enorme sinceridad que fluye de toda su obra fragmentaria, dispareja y casi olvidada por el apresuramiento de esta vida.

Tres hombres tristes, nada más que tres hombres tristes con facultades, que ellos mismos despreciaron sonrientes y avenibles a todos los desengaños y derrotas.